

«Frasco»

ALTO, bien plantado, arrogante, con cierto cabeceo al andar, por rigidez excesiva de los pies, aire característico de su familia, pero que en él no aminoraba su prestancia, más bien la aumentaba, favoreciendo la majeza tradicional en los pastores, que le venía de herencia y aunque no usaba cayada, parecía que la llevaba en su mano, ocupada siempre con el cigarro gordo, toscamente envuelto, húmedo y vertiéndose, detalle que contrastaba con su porte e indumentaria.

Antonio vivía en sí y para sí, en monólogo, que se hacía perceptible exteriormente por la gesticulación que le era habitual. Deambulando por la Plaza y paseando por la puerta de su casa, se le veía horas y horas, hablando solo, y accionar a lo Don Quijote, como si estuviera planeando alguna singular aventura. De pronto, salía a paso ligero en cualquier dirección o se entraba a su casa a descansar de la agitación mental. Otras veces, con el pensamiento en las nubes, se acercaba a un grupo y pareciendo que no estaba en aquello, empezaba a perorar como si hubiera estado allí desde el principio de la reunión. O bien agachaba la cabeza y se retiraba sin decir nada, pero pareciendo que iba a algo importante, porque daba la impresión de estar siempre embebido por



lo más trascendente y alejado de lo que le rodeaba.

De las diferentes actividades que emprendió, incluso fué practicante titular, todas iniciadas con entusiasmo, en la que más persistió y sobresalió fué en la caza, que ejercitó toda su vida sin un momento de decadencia, haciendo a pluma y a pelo, pero su nombradía la consiguió con la escopeta, considerándosele como la primera de Alcázar. Había el acierto en el tiro, cosa fuera de dudas, pero había, también, el adorno en la suerte, el realce en la explicación, la razón de la puntería y el magisterio de modos y maneras, la enseñanza que se pretendía dar y tomar.

Su nombradía fué tanta, que el Pastor Poeta pudo escribirle con esta segura y ya conocida dirección:

Cartero: Seré testigo
de tu especial diligencia,
cuando la correspondencia
se la entregues a mi amigo.

A proclamarlo me obligo
si lo buscas con afán,
preguntando a un cazador,
quién es quien caza mejor
en Alcázar de San Juan.

Naturalmente despejado, conversador inagotable, con boca suavizada por abundante saliva, mezcla de Quijote y Sancho, con predominio de la fantasía que coloreaba a su gusto, sin que esto signifique que fuera un trolista, porque él era el primer convencido de cuanto decía.



En esta fotografía aparecen de izquierda a derecha, Zarca y Pepe Moreno con indumentaria un tanto exótica; Zarca, parece un franchute y Pepe, un turco. A continuación Pepe Cuartero, Emilio Paniagua, Manuel Comino, «Frasco» y Victoriano Comino. «Frasco» va enfundado en una cremallera que parece inducirlo a un encogimiento de hombros muy típico en él, más acentuado porque aun estando armados hasta los dientes, no hay nada que llevarse a la boca. «Frasco» está decepcionado y Manuel, mirando un poco hacia arriba, como solía, le está diciendo a Emilio: «Ná, muchacho, es que no hay, aunque éstos digan lo que quieran, y lo que debemos hacer es irnos a nuestra casa ¿qué pintamos aquí, estando reventados, como estamos?».